

En cuanto a influencias de autores extranjeros que aparecen en la obra mironiana (25), sobre todo en sus comienzos, no hay fundamental coincidencia con la de sus compañeros generacionales. Estos eran, según don Pío Baroja, en *Divagaciones apasionadas* (1924):

«Benavente se inspiraba en Shakespeare, en Musset y en los dramaturgos franceses de su tiempo; Valle-Inclán, en Barbey d'Aurevilly, D'Annunzio y el caballero Casanova; Unamuno, en Carlyle y Kierkegaard; Maeztu, en Nietzsche y luego en los sociólogos ingleses; Azorín, en Taine, Flaubert y después Francis Jammes. Yo dividía mi entusiasmo entre Dickens y Dostoyevski.»

Hablando de sí mismo, escribe Baroja en *Familia, infancia, juventud*, cómo a través de los años se apasiona con Julio Verne, Dumas, Eugenio Suë, Balzac, Jorge Sand, Baudelaire, Stendhal.

A su vez, Azorín, en *Clásicos y modernos*, añade a Baroja la influencia de Poe y de Teófilo Gautier. Sobre los demás escritores citados está casi de acuerdo con lo dicho por don Pío Baroja.

Para las preferencias de Miró hay que acudir a su relato *Vulgaridades* (1902) (26). En él se evidencia su devoción por la literatura helénica. He aquí lo que dice una de las musas que, por consentimiento de Zeus, desciende y aclara «por qué agoniza esa beldad llamada Literatura»:

«La causa, con más razón diré: la culpa del mal que sufre el arte literario se halla distribuida entre los que escriben y los que copian: muchos de los primeros poseen somera, huera ilustración; no les gustan las admirables obras de los clásicos; unos tildanlas de baldías y anticuadas; otros las desconocen. Se afanan únicamente de vestir sus escritos con forma nueva y original, y retuercen y magullan el idioma; o apetecen tanto estilo natural y llano, rebuscan de tal modo la sencillez en el decir, que dan en el más violento artificio, y si algún enamorado de los castizos surge, pronto lectores y críticos le zahieren y pervierten con la eterna cantinela de que su producción fuera buena siglos atrás, pero no ante las modernas exigencias.»

¿A qué autores, a qué críticos aludía Gabriel Miró en 1902? Parece lógico creer a los escritores y a los críticos de ese momento. Y ese momento era o coincidía con la nueva literatura que irrumpía en el siglo XX y algunos de finales del XIX.

(25) Vicente Ramos, *El mundo de Gabriel Miró*, pp. 27-28.

(26) Da cuenta de él, y lo comenta, Vicente Ramos en la obra citada.

Sigamos después de este inciso y esta pregunta sin contestar del todo. Este amor a lo griego de Miró va más allá del parnasianismo de nuestros modernistas, que se quedaba en la forma. Más bien es otra cosa, aunque esta actitud, en parte, sólo en muy pequeña parte, pueda vincularle al helenismo superficial de Rubén Darío y de Salvador Rueda, burlescamente censurado por Juan Ramón Jiménez. Helenismo de escayola lo considera.

Otros autores extranjeros, según el testimonio de Figueras Pacheco, fueron:

«En el gabinete de Miró consumíamos las horas hábiles de la noche, leyendo ordenadamente a programa lo mejor o lo más atractivo de cuanto habíamos reunido en sus estantes o en los míos. Así, íbamos pasando bajo la pantalla verde de su velón de aceite libros rusos como los de Tolstoi, alemanes como Heine, franceses como Daudet y Gautier... Al mediar el año 1901, cambiaron en absoluto la finalidad y el carácter de nuestras lecturas.»

Y a todas estas lecturas y a la influencia posible que sobre Miró ejercieron hay que añadir de manera decisiva la *Biblia*. El nos confiesa que sabía pasajes de memoria—que la tenía muy feliz—. Entre los libros preferidos estaban *El cantar de los cantares* y los que tratan de la Pasión del Señor. Su obra *Del vivir* se inicia con una cita larga y lacerante del *Libro de Job* y con otra, del *Libro de los Salmos*, *La novela de mi amigo* y con el Salmo CVIII. *Nómada*. El resto de sus libros aparecen sin cita al comienzo. Larga es la serie de citas bíblicas en la obra mironiana. Para Jorge Guillén, en el luminoso estudio que le dedicó, la *Biblia* y el *Quijote* fueron «sus dos libros favoritos», «Con ellos se ha formado su concepción de la realidad» (27).

Gabriel Miró nace a la literatura con lecturas y preferencias esencialmente distintas de las de sus compañeros de grupo. Va en esto y en otras tantas facetas por su camino, tanto en los temas—algo debe al modernismo—como en la manera de tratarlos y, muy especialmente, de expresarlos. Su evidente y clara personalidad, que le separa de los escritores contemporáneos suyos y de la literatura que entonces se hacía y se aceptaba como nueva, es lo que ha llevado a que las opiniones y críticas sobre sus libros, especialmente novelas, sean contradictorias y así también las duras e injustas censuras y las justificadas alabanzas.

---

(27) «Palabra, sensación y recuerdo en Gabriel Miró», en *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, II, Madrid, 1961. Trabajo recogido en *Lenguaje y poesía*, Madrid, 1962. Otra edición en Alianza Editorial, p. 174.

Si aceptamos las muy estrictas reglas que para la novela señala don José Ortega y Gasset —él tan «pésimo lector de novelas», como se reconoce— no sin vacilaciones, habría que aceptar que Gabriel Miró, si no es un novelista, roza y aun entra en ese género literario. Ortega y Gasset da estas preceptivas razones en una crítica que hace a *El obispo leproso* (28). Razones que ocupan tanto como el espacio que dedica a este libro de Miró. Según Ortega y Gasset todos los géneros literarios —excepto la novela— tienen capacidad para que en ellos quepa todo o se modifique. Es curioso que Proust —con el que bastantes críticos han relacionado a Miró— sea un novelista «inventor» para él (29). ¿Por qué negarle a Gabriel Miró esta capacidad?

Las novelas de Miró han sido negadas o puestas en entredicho, ya que en ellas, según sus detractores, apenas hay acción y, desde luego, carecen de ese planteamiento clásico y estructural. También morosidad en el relato, falta, por tanto de dinamismo, preponderancia de la lengua sobre el asunto, carencia de creación de personajes y éstos respondiendo a una misma identidad: la del novelista. Ortega y Gasset —excesivo, a mi parecer— dice: «la voz de Miró hablando dentro de aquellos de cartón como un cabezudo» (30). Este es el parecer de Jorge Guillén: «Los novelistas no quedan nunca dentro de un solo personaje. Sigüenza es sólo un personaje; Miró era un verdadero novelista» (31).

Que los personajes de Miró, según Ortega y Gasset, sean o parezcan de cartón es muy discutible. Cuando hay humanidad, y en los de Miró la hay, no aceptamos esa opinión. En cuanto que todos o, para no resultar absolutos, casi todos hablan con la voz de Miró, aun siendo así resultaría intolerable si el novelista no tuviera nada que decir o pocas cosas y éstas sin interés o sin despertar la curiosidad de los lectores. Aunque así fuera, que no lo es, o por lo menos no completamente, Miró se valdría de sus personajes para manifestarse mejor, para dar de manera su sentir tan rico de matices anímicos y personales. No otra cosa hizo Garcilaso de la Vega con su Salicio y Nemoroso y el resultado fue óptimo. Además, ¿cuál es el personaje novelístico que no tiene algo de su creador? Ahí está la famosa respuesta de Gustavo Flaubert: «Madame Bovary yo soy.» Y sin extremar: qué decir de las cultas mujeres de las novelas de don Juan Valera, sin que dejen por eso de tener valores novelísticos estimables. Y tantos ejemplos, de antes y de ahora mismo, se podrían citar.

---

(28) Obras completas, II, pp. 540-43.

(29) «Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust», *Obras completas*, II, p. 695.

(30) *Obras completas*, III, p. 543.

(31) *Lenguaje y poesía*. Alianza Editorial, p. 178.